

Cita con Maqroll

Mario del Valle

Para Carmen Miracle Feliú

Para J. G. Cobo Borda

Aprender, sobre todo, a desconfiar de la memoria.

*Lo que creemos recordar es por completo ajeno
y diferente a lo que en verdad sucedió.*

Á. M.

Las dos conferencias que Álvaro Mutis dictó en febrero del año de 1965 en la Casa del Lago, hoy Casa del Lago Juan José Arreola de la UNAM, y que posteriormente publicó Jaime García Terrés en la *Revista de la Universidad de México*, Mutis las incluyó después en el volumen titulado *La muerte del estratega* editado por el Fondo de Cultura Económica. Ambas son relevantes; pero la que tituló “La desesperanza” me parece de una materia más acuciosa que la otra en cierta medida, como más adelante explicaré. La precede un epígrafe tomado de la novela *La condición humana* de André Malraux. En esa conferencia y también en la otra, titulada “¿Quién es Barnabooth?”, refiriéndose a Valéry Larbaud, nos adentramos en las preocupaciones humanas y estéticas que más inquietaron al poeta durante toda su vida y a través de las cuales nos da a conocer la connotación más profunda de su obra literaria, pistas que se difuminan como una tinta indeleble, en su poesía y en la prosa que escribiera posteriormente, y que encontramos rasgos, incluso, en aquella poesía inaugural del libro *La balanza*, de 1948, que inicia a Álvaro Mutis en la literatura a la edad de veinticinco años.

El poeta y también ensayista colombiano Juan Gustavo Cobo Borda, en su libro dedicado al estudio de las figuras de *Silva*, *Arciniegas*, *Mutis* y *García Márquez* (Presidencia de la República de Colombia, 1997), nos ofrece un amplio mosaico, claro, pormenorizado de cada uno de estos grandes escritores colombianos. Ya con anterioridad, en la revista *Eco* primero, y en la poesía completa de Álvaro Mutis: *Summa de Maqroll el Gaviero, Poesía 1948-1970* (Barral Editores, 1973), incluyó ese excelente texto que sirvió como prólogo al libro mencionado, y que en su momento nos permitió tener una mejor cercanía con uno de los mayores poetas de Colombia del siglo xx.

En el libro que agrupa esos cuatro exhaustivos ensayos, Juan Gustavo, en el caso específico del de Álvaro

Mutis, teje un brillante texto dando a conocer las entretelas de la obra del poeta y nos proporciona referentes esenciales de las vicisitudes en las que se vio envuelto su personaje-espejo, álter ego o sosias: Maqroll el Gaviero, en su poesía y en su prosa, a la manera “clásica” de un Joseph Conrad, uno de sus más queridos autores.

Cobo Borda escribió, sin duda, el ensayo más relevante que he leído para conocer, críticamente y a fondo, la obra de Álvaro Mutis. (Sin menoscabo de otros espléndidos textos escritos por otros ensayistas relevantes). El mencionado ensayo, ordenado, pulcro, bellamente redactado, concluye, después de un poco más de cien páginas —analizando poemas, entrevistas, citas, novela tras novela, relatos, ubicados en época por época en la que fueron creados— el trabajo del Álvaro Mutis. Y concluye con una entrevista reveladora del pensamiento y de la relación intelectual del poeta con el mundo, que Cobo Borda titula “Charlas con Álvaro Mutis”, y donde el escritor, generoso y honesto, nos revela sus gustos, sus influencias, sus lecturas, sus pasiones y preferencias literarias, sus manías estéticas e históricas, sus anhelos incumplidos, sus aberraciones, su postura, digamos política, o mejor, su postura como ser humano en un mundo deshumanizado. Habla de sus “fantasmas y demonios”, como el propio escritor refiere cuando menciona la música: “una segunda sangre que (me) circulara. No puedo vivir sin ella [...] sigo teniendo mis eternos, fidelísimos compositores: Bartók, Haendel, Mozart, Schubert, Schumann...”.

Cobo Borda nos ubica en las coordenadas poéticas que llevaron al poeta a crear, en 1953, a Maqroll el Gaviero. Aparece por primera vez en el libro-poema *Los elementos del desastre*, ahí nos deja el mapa y las huellas de las andanzas de Maqroll o, como el mismo poeta refiere, su “desastrada errancia”, aunada a una incesante búsqueda de su ubicuidad espiritual y moral, sus vagabundeos, sus negocios turbios, huidas, luchas, muertes, charlas en la selva, invenciones, locura, en el trópico caliente de Suramérica. Más una completa bibliografía del escritor, amén de una serie de referencias a escritores y poetas mexicanos como Octavio Paz, Carlos Fuentes, Jaime García Terrés, Jorge Ruiz Dueñas —a quien

dedica su novela *Un bel morir*—, a Ignacio Solares, su lector y amigo de siempre, entre otros más, y cita a más artistas de gran talento como el español Luis Buñuel, Pablo Neruda, Enrique Molina y a los colombianos Eduardo García Aguilar, y el amigo más querido de toda su vida: Gabriel García Márquez. No olvida a sus maestros más queridos, al poeta colombiano Eduardo Carranza y al alemán Ernesto Volkening (radicado en Colombia desde 1934) a quien dedica su primera novela: *La nieve del Almirante*, y a autores de muchas otras partes del mundo, que escribieron sobre el poeta ensayos, reseñas y artículos.

Este estudio ya citado —porque de hecho lo es— de Juan Gustavo Cobo Borda lo tomamos como una guía fundamental, una referencia obligada, ya que en él ubicamos la genealogía literaria de Mutis. En efecto, Álvaro Mutis escribió siete novelas, más narraciones y ensayos; hizo varias antologías de sus obras, y en todos sus escritos la figura del poeta nos revela su potencial como hombre de letras que, sin ser erudito, es, sin alardes y naturalmente por pasión y vocación, un gran conocedor de la literatura universal, del arte, de la historia y de los pueblos y hombres del mundo que cita. Esto nos lleva a relacionarlo con Saint-John Perse —a quien admiraba grandemente—, el gran poeta y diplomático francés, traducido al español por su paisano y amigo Jorge Zalamea, entre otros.

Probablemente sin este texto de Juan Gustavo, lúcido y documentado desde 1948 a 1997, algunos vacíos nos quedarían de la obra de Mutis —zonas por descubrir, pasajes que dejaríamos de lado o que serían desapercibidos, sin intención—, el inolvidable poeta colombiano que nunca dejó de serlo pero que en México los mexicanos lo hicimos nuestro, por tres razones, creo yo, fundamentales, entre otras: se arraigó —huyendo de Bogotá— en la Ciudad de México en 1956 hasta su muerte hace poco acaecida. Es decir, vivió entre nosotros casi sesenta años. Se enamoró de Carmen Miracle Feliú y se casó con ella en 1966. Y casi toda su obra la escribió en nuestro país, donde hizo miles de lectores-admiradores y amigos, para quienes el poeta fue un hombre entrañable. En el primer supuesto, Álvaro Mutis llega a México para exiliarse, perseguido por una demanda de malversación de fondos por la empresa petrolera norteamericana ESSO (la famosa y nefasta Standard Oil), donde trabajaba en el departamento de relaciones públicas. Dineros que usó, con natural desparpajo y bonhomía, para apoyar a sus amigos artistas en Bogotá. Ya en México, por un acuerdo entre Colombia y México —una exigencia cruel y radical de las leyes internacionales entre naciones— es apresado y pasa quince meses en el histórico “Palacio Negro” de Lecumberri. Los pormenores de esta historia, sus detalles, los personajes —más que folclóricos—, siniestros, avaros, truculentos, asesinos,

locos, hombres con gracia y desgracia, con quienes obligadamente convive, seres no ficticios, están descritos por el poeta en su *Diario de Lecumberri*, que no pocas risas nos arranca y también dolor, y del cual han salido muchas ediciones. Es éste un texto revelador del espíritu, la sagacidad intelectual y también de la alta sensibilidad de Álvaro Mutis, que supo vivir con seres altamente “difíciles”. Pero algo realmente fundamental, como él mismo lo explicita: en Lecumberri se le revela su ser como prosista, su vocación de novelista, de relator. En su libro *La muerte del estratega* está incluido este *Diario*, con otros textos, también reveladores del arte literario del escritor. Al respecto, sobre la narración que da título al libro, *La muerte del estratega*, Borges se expresó así: “fue uno de los relatos más hermosos que he leído en mi vida”.

Maqroll el Gaviero es un hombre sin destino, o con muchos destinos. Maqroll son muchos personajes cuyas travesías lo llevan a conocer a un sinnúmero de personajes que son sus interlocutores. Otras veces, por boca de Maqroll, Álvaro Mutis deja aparecer una serie de personajes que hicieron la historia: escritores, creadores de dinastías, duques, príncipes, curas, hombre de toda laya y estirpe; seres sin linaje arrastrando sus bártulos de playa en playa, atravesando “ríos lentos, lodosos [...] selvas enanas, desnudas zarzas, vastos esteros grises donde danzan las nubes de mosquitos en sueño-liento zig-zag [...] gentes famélicas [en] una marea de la fiebre palúdica que lima y desmorona todo vigor, toda energía posible”. Seres que traspasan, con penurias y desesperanzados, la vida, de selva en selva “en el trópico infernal [...] donde la desesperanza logra la más pura, la más rica, la más absoluta expresión de su desolada materia”. Y hablando con soltura y con un vaso de cachaza en la mano, de la vida y de la muerte, de sus aventuras reales o ficticias, en una enfermiza desolación. No es una contradicción que de pronto Maqroll encuentra la muerte, y de pronto, un personaje le pregunte ¿no estaba usted ya muerto?

La conferencia mencionada líneas arriba es reveladora de lo que va a ser la tesis más elocuente en las novelas de Álvaro Mutis: *la desesperanza*. La cita aludida incluye un largo párrafo de Pierre Drieu la Rochelle, traducido por el propio Mutis, un texto desolado, que carcome, hecho con palabras angustiadas que descubren las flaquezas humanas y los “desechos desfigurados” del hombre que jala un “zurrón de mendigo [...] un trozo de puñal y una moneda de oro de algún reino desdeñado por los exploradores”. Es el retrato contundente del acabamiento del ser, que nos trae a la memoria, además de las novelas sin transigencia y también abrumadoras de André Malraux, que son “la más inteligente, la más lúcida autopsia de la desesperanza” —dice el poeta—, la *Saison en enfer* de Rimbaud (Mutis la cita), y uno de los primeros libros del genio de Giovanni Papini:

Hombre acabado. Y muchos escritores más que podrían añadirse a esta lista, autores que no dan tregua, como Émile Mihai Cioran o Fernando Pessoa, por ejemplo: se llenarían muchas páginas.

Ahora bien. Cité esas conferencias de 1965 porque nos iluminan para entender muchos rincones que pudieran parecer oscuros en esas novelas y narraciones que no son libros de aventuras o cuentos para niños. Su poesía, en este sentido, pudiéramos decir que es más “clara”, porque en su discurso poético está esclarecido el verdadero pensamiento y sentimiento de Álvaro Mutis sobre la vida y su vida, que es asunto compartido por todos nosotros. Y la saga de Maqroll el Gaviero no deja de ser una relación de hechos subsumidos en la desolación, la pereza, el exhibicionismo de la flaqueza y la renuncia. ¿Por qué renuncia? Se renuncia a la vida y se vive, aunque no haya propósito. No sabemos si es un castigo de los dioses o una *naturelle survivance*. Ésa es la clave de fondo que los personajes de la obra de Álvaro Mutis, en voz del mismo escritor o de su doble: Maqroll el Gaviero, nos dejan.

Sin embargo, estoy de acuerdo con el ensayo de Juan Gustavo Cobo Borda en que ciertos pasajes, escenas, parlamentos, diálogos de los personajes, de ese ciclo de novelas, están sin concluir: nos dejan en un estado de tensión y ansiedad, en una especie de vacío, en una nebulosa, porque no sabemos qué sucedió, cuál fue la conclusión o el resultado de esas ideas en boca de cientos de personajes que transitan ese trópico picante, misterioso, gangrenado, las más de las veces aterrador; las narraciones de Álvaro Mutis se difuminan, y hay fragmentos que solamente el autor, o un lector inventivo, puede concluir o entender, o como es el caso de Juan Gustavo: evidenciar sin menoscabo.

Nunca hubo épocas fáciles. Y hoy continúan las guerras y el dolor humanos. Deseos y odio por el poder y por el oro. Alguien se pone los andrajos del derviche y otros la toga bordada. Es un disfraz: andan por la calle; son Caín en busca de Abel. Ése es el verdadero *ténébreuse affaire* de la historia del mundo y de las obras de Álvaro Mutis. Veamos cómo en su escritura toma sentido esta idea, y cómo, con su poesía, sus novelas, relatos y en sus ensayos, adquiere dimensión concreta y literaria la desesperanza en nuestro demencial mundo, porque, como dice Ezra Pound, el poeta es la antena de la especie, y Álvaro Mutis fue un alerta receptor.

Con esta obra, si bien la leemos y “miramos”, soporizando el trópico que surge lentamente, violento y aniquilador, Álvaro Mutis se eleva a las cimas del arte de la escritura en lengua española, y en la América Hispánica abre el compás y traza los pasos de Maqroll el Gaviero, que nadie sabe si vive aún o está noblemente muerto.

Incluyo en este artículo un poema que dediqué a Álvaro Mutis para su cumpleaños ochenta y cinco que recibió en ese entonces.

BAJO LA NOCHE DE TUMBES

*Por lo que eres ahora para mí.
Por lo que serás en el desorden de la muerte.
Por eso te guardo a mi lado
como la sombra de una ilusoria esperanza.*
Álvaro Mutis

Pasada la media noche, el Gaviero atraviesa ciénagas.
Por el lado del mangle, una ráfaga de viento levanta
[palmas caídas
y otros hierbajos que dejan al descubierto al
[majestuoso caimán
en su exilio de muerte.

Chapotean pequeños peces, las nutrias tiemblan al
[oír pasos,
y perros concheros husmean agazapados con su
[enjambre de fauces.
Su única explicación a esta soledad, se dice Maqroll,
es la mala racha de Tumbes, porque aquí hubo todo
y ahora todo está acabado: nadie mitigó sus excesos.
Fue el paraíso alguna vez, ya hace mucho, y el
[hombre...

Es el hombre, muchacha, el hombre que una vez que
[se iluminó,
se dejó en sus largos pensamientos atrapar por las
[madejas del ocio
y el odio ritual que no es otra cosa que el hastío y el
[miedo a la muerte.

Hasta aquí he llegado hoy.
Y el sueño, aquel vencido de otros años, hoy ha
[ganado.
Pero antes tengo que decirte la verdad, muchacha
[de pelo suelto,
de ojos negros, de muslos torneados con el ceremonial
[de la juventud,
implorantes y seductores: fue el hombre que sobre
[la sacra presencia
del trópico buscó la calavera y el amuleto
[desventurado y falso,
alardeando con el chasquido del machete y la
[pólvora prostituta del crimen.
No sé qué hago hoy aquí, dulce muchacha, tal vez
[estoy dormido

y te he soñado bajo la noche de Tumbes
—abrazada a mí, pendiente de mí, amada por mí—
al borde de la caleta, entre ceibas y el perfume que
[nos da la noche generosa.

Pero todo se acabó.
Mi fascinación fue sólo un deseo y mi astuto pasado
[no pudo vencer el sueño.
Y muero en Tumbes con su mala racha, que alguna
[vez fue suntuosa. **U**